

## RETÓRICA

### PROFÉTICO-APOCALÍPTICA

¿Se acuerdan ustedes, lectores, de aquel Noherlesoom ó Noerlesohom—no sé á punto cierto cómo se escribe ese anagrama—que se dedicó á predecir el tiempo y que fué á dar sus calendarios en los órganos de la buena prensa? ¿Y de aquel vicario de Zaraus, también de ciencia infusa? Pero, Señor, me he dicho muchas veces, ¿por qué estos profetas meteorológicos han de ser curas ó curoides, frailes ó afrailados, presbíteros de sotana ó de levita? Cualquiera diría que la Meteorología es una rama de la Teología. Aunque, según un ferviente dominico, para quien conozca á fondo la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino, todo eso de la Física y la Química y la Astronomía es cosa de coser y cantar.

El oficio de profeta es uno de los más tradicionales, y sin duda por eso nuestros tradicionalistas gustan dedicarse á la profecía. ¡Y hay que oír sus oráculos! El órgano periodístico de nuestro tradicionalismo castizo, para amenizar la beocia á que alimenta de encendidas frases, suele dedicarse á la profecía más ó menos apocalíptica. Pero siempre contando con aquello de que de aquí á entonces el burro, el rey ó yo nos moriremos. Porque lo mismo los burros, que los reyes y los periódicos son mortales. Y mortales de necesidad.

Ahora, con motivo de la guerra, se han publicado fantasías y profecías verdaderamente estrepitosas y estridentes. Hay libros de esos proféticos que para hacerlo pasar finge su autor que es tan sólo un ensueño, una visión sin consistencia, pero que está pensado en serio. Y esto es lo terrible, que se piense en serio cosas tan ridículas y grotescas. Valiera más pensar en broma, y como por juego, cosas serias. Es decir, cosas basadas en verdadero conocimiento.

Un periodista extranjero, muy buen amigo mío, me contaba una vez algunas de sus entrevistas con políticos españoles, y al darme cuenta de la que tuvo con cierto tribuno que se dedica á la apocalipsis pseudo-histórica, me decía: «Me estuvo hablando durante largo rato de mi propio país, y en mi vida he oído cosas más peregrinas; me parecía imposible que se pueda fantasear más desenfrenadamente sobre lo que se tiene á la puerta de casa. ¡Por supuesto, me encantaba oírle desbarrar!» «Pues eso es lo malo—le contesté—, que hay aquí mucha gente á quien, como á usted entonces, le encanta oírle desbarrar á ese hombre; pero sin sospechar que desbarra, cosa que á usted no le pasaba.»

Cuentan que Carlos Dilke, hablando una vez de nuestro Moret—y lo cito así, nominativamente, porque ya murió—, decía que á nadie había oído hablar mejor de lo que menos conocía. De lo de hablar bien

ó mal, nada he de decir á este respecto, pues si hablar es algo más que ensartar rítmicamente palabras, yo no sé que Moret hablase ni bien ni mal. Y no es que no tuvieran arquitectura cada uno de sus discursos; es que carecían de ella hasta cada uno de sus párrafos. No tenían esqueleto ni forma interna, eran pura pulpa; no ya músculos sin hueso, es decir, resortes sin palanca, sino mero tejido adiposo. «¡Vea usted—me decía de él una vez un amigo mío—qué arte tiene para las transiciones!» Y le contesté: «¡Como que todo es transición en sus discursos!»

¿Y aquel otro orador apocalíptico que fué D. Alejandro Pidal? Cuando se disparaba era cosa de arrebatarse al auditorio. Y no cabía preguntar qué era lo que había dicho. ¿Qué más daba? El tribuno, el verdadero tribuno, sea de la plebe que quiera, no tiene obligación de decir cosa alguna.

¡Pero, Dios mío, qué estragos causó en nuestra patria y la suya aquel D. Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas, autor del *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo, considerados en sus principios fundamentales*, y que no fué sino una triste caricatura del recio y denso Conde de Maistre! Yo no sé cómo Louis Veuillot, que era mucho más que un retórico, que era un verdadero poeta, un escritor de fibra, de calor concentrado, y no sólo de llamarada de estopa, pudo entusiasmarse con nuestro Valdegamas.

Porque siempre, y nos es triste confesarlo, esos ultramontanos franceses han sido más robustos, más llenos de pensamiento, más jugosos, más poetas y á la vez dotados de más sentido de la realidad que los nuestros, los españoles, que nunca pasaron de ser unas sombras exangües y huecas de aquéllos. Porque el ultramontanismo español es de origen francés, aunque ahora nuestros ultramontanos se dediquen á renegar de Francia. Cuanto saben—¡y es tan poco, tan poco!—lo han aprendido en fuentes francesas. Aunque luego han convertido las ideas en frases y las imágenes en tópicos de retórica.

La historia de nuestros tribunos profético-apocalípticos no es sino la historia del *Discurso sobre la Historia Universal*, de Bossuet, con sus grandes síntesis... oratorias. Sólo que sin la elocuencia de Bossuet.

Castelar siquiera tenía una cierta imaginación gongorina y paría metáforas, lo que no es poco. ¡Pero estos Juanillos de Patmuelos!

La cosa, en el fondo, es triste. Una juventud á la que se le enseña cómo las razas humanas, que se reducen á tres grandes troncos, el blanco, el negro y el amarillo, proceden de Sem, Cam y Jafet, y cómo Túbal y Tarsis poblaron á España, y otras cosas del mismo calibre, está muy bien preparada para extasiarse boquiabierta al oír las flatulencias sonoras de la retórica profético-apocalíptica tradicionalista. ¡Dios nos tenga de su santa mano!

